

Raphaël Llorca

La doctrina Muselier: un momento gaulliano para resistir a Trump en Groenlandia

El Grand Continent, 10 de enero de 2026.

Existe una forma de responder a la nueva doctrina Monroe. En un momento en el que los dirigentes europeos dudan en condenar el neoimperialismo estadounidense por miedo a ofender al aliado militar en Ucrania, la historia ofrece un precedente poco conocido: en la Navidad de 1941, en San Pedro y Miquelón, la Francia Libre dijo «no» a Estados Unidos cuando Roosevelt acababa de entrar en guerra junto a los Aliados.

En el Gran Norte, la resistencia a los imperios tenía nombres y rostros, y es posible inspirarse en ella.

24 de diciembre de 1941, Atlántico Norte. Son las tres de la madrugada y hace un frío glacial. Frente a las costas de Terranova, el archipiélago de San Pedro y Miquelón sigue sumido en la noche. Al salir del puerto, el capitán de un pequeño barco pesquero no da crédito ante lo que ve: acaba de cruzarse con cuatro buques de guerra, tres corbetas y un imponente crucero submarino, coronado por un enorme cañón. En la proa, una bandera ondea al viento: azul, blanca y roja, con la cruz de Lorena en el centro, la bandera de las Fuerzas Navales Francesas Libres.

La entrada al puerto se realiza en pocos minutos y sigue un plan bien ordenado.

Una primera corbeta, la *Mimosa*, recibe la orden de bloquear el sector de aduanas; una segunda, la *Alysse*, se dirige hacia el antiguo edificio de los aduaneros para tomar posesión de él; la tercera, la *Aconit*, se coloca en el embarcadero, como cobertura. El submarino *Surcouf* permanece como centinela a la entrada del puerto.

Si, como escribía Malaparte, ¹ el golpe de Estado es una técnica, entonces quienes ejecutan las maniobras en este puerto la dominan a la perfección.

Pronto, 25 hombres armados desembarcan y toman metódicamente posesión de los lugares estratégicos: la central telefónica, la estación de radio, la estación del cable transatlántico, luego la gendarmería y las oficinas del gobierno. El único gendarme encontrado a esas horas de la noche se rinde sin oponer resistencia.

En menos de media hora, sin un solo disparo, el asunto está zanjado: San Pedro y Miquelón se convierte en el primer territorio liberado por la Francia Libre.

Como la pólvora, la noticia del desembarco se extiende por la ciudad.

Los primeros habitantes, entusiasmados, salen de la cama, calzados con botas y abrigados, y se agolpan junto a los estanques nevados para gritar: «¡Viva De Gaulle!».

Un militar se adelanta, un oficial de alto rango. Es él, se entiende, quien ha dirigido la operación.

El almirante Émile Muselier despliega una hoja y lee con voz tranquila una declaración solemne a la población:

Habitantes de San Pedro y Miquelón: de conformidad con las órdenes del general de Gaulle, he venido para permitirles participar libremente y en orden en el plebiscito que llevan tanto tiempo reclamando. Tendrán que elegir entre la causa de la Francia libre y la colaboración con las potencias que matan de hambre, humillan y martirizan a nuestra patria. No dudo de que el más antiguo de nuestros territorios de ultramar, alineándose con Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá y los demás aliados, manifestará masivamente su fidelidad a las tradiciones de honor y libertad que siempre han sido el orgullo de Francia. ¡Viva Francia! ¡Vivan los aliados! ²

Al día siguiente, día de Navidad, todos los hombres mayores de 18 años son llamados a las urnas.

A las 17:30, en la plaza central de la ciudad, antiguamente llamada plaza Napoleón y pronto rebautizada como plaza del general de Gaulle, el almirante Muselier anuncia los resultados.

El veredicto es inapelable: 783 votos a favor de la Francia Libre, 14 votos a favor de la colaboración con las potencias del Eje y 215 votos nulos. ³

El 98 % de los votos emitidos expresaron el deseo de unirse a las filas de los gaullistas, lo que supone un plebiscito.

Alain Savary, que 40 años más tarde se convertiría en ministro de Educación de François Mitterrand, se encarga de la administración temporal de la isla.

Varios prisioneros, sospechosos de lealtad a Vichy, son finalmente liberados. «Como regalo de Navidad, les dice el almirante Muselier, la Francia Libre les ofrece lo que puede concederles: la libertad». ⁴

La soberanía no es divisible

¿Qué le pasó al general de Gaulle para que decidiera enviar desde Londres una flotilla militar a cruzar el Atlántico?

Para entenderlo, hay que remontarse al contexto geopolítico de la época.

Tras el armisticio de junio de 1940, San Pedro y Miquelón, un pequeño territorio francés en América del Norte —240 kilómetros cuadrados, 4.600 habitantes, a la entrada del estuario del San Lorenzo— pasó a estar bajo la autoridad del régimen de Vichy. El gobernador residente, el barón de Bournat, es descrito como «casado con una alemana y poderoso partidario del gobierno de Vichy». ⁵ Desde el punto de vista estratégico, el archipiélago se convierte entonces, mecánicamente, en un posible punto de apoyo para el esfuerzo bélico del Eje, en particular a través de sus medios de comunicación.

San Pedro es una estación del cable transatlántico y cuenta con un potente transmisor de radio.

En una guerra atlántica obsesionada con la caza de convoyes, se trata de un problema crucial: los británicos temen que un enclave vichista pueda informar a los submarinos alemanes sobre las rutas, los horarios, el tiempo y los

movimientos. La situación es concretamente muy delicada: ¿pueden los Aliados aceptar de forma duradera que un enclave potencialmente enemigo sea utilizado por el Eje a la entrada del continente americano?

A mediados de 1940, la cuestión se remite a Ottawa y Londres. Se inician las negociaciones sobre San Pedro y Miquelón. El embajador estadounidense en Canadá, Jay Pierrepont Moffat, discute con las autoridades canadienses un proyecto de ocupación de las islas, pero el primer ministro Mackenzie King lo rechaza, por temor a que una intervención directa en las islas deteriore una situación diplomática ya inestable.

Paralelamente, Vichy intenta proteger sus posesiones americanas.

En julio de 1940, Pétain obtiene una garantía de Roosevelt: Estados Unidos «no reconocerá ningún cambio de soberanía de las colonias de las potencias europeas en el hemisferio occidental» y pretende que estas permanezcan neutrales. En ese momento, Washington aún no ha entrado en guerra: la prioridad estadounidense es estabilizar su vecindad y preservar su margen de maniobra diplomático.

Pero a medida que avanzaban las hostilidades, los canadienses se preocupaban cada vez más por el «nudo» de San Pedro.

El 3 de noviembre de 1941, el gobierno estadounidense es informado de la próxima llegada a San Pedro de unos encargados de misión que se encargarían de supervisar todos los mensajes enviados y recibidos. Para Washington, se ha alcanzado la línea roja: el Departamento de Estado estadounidense contempla una expedición estadounidense-canadiense con el objetivo de neutralizar la emisora de radio de San Pedro.

Informado de ello, el general De Gaulle se indigna ante la perspectiva de una intervención extranjera en territorio francés.

Comprende que se enfrenta a una elección: la recuperación francesa de San Pedro y Miquelón o la tutela aliada. Entonces ordena al almirante Muselier, comandante en jefe de las Fuerzas Navales Libres Francesas, que zarpe de inmediato, sin obtener el acuerdo de Washington.

En sus Memorias de guerra, el general De Gaulle escribe: «Consideraba que ese acuerdo era deseable, pero no indispensable, ya que se trataba de un asunto interno francés». [6](#)

Aquí nos encontramos en el corazón de la matriz política gaulliana: la soberanía no es divisible, por lo que no se «comparte» según las circunstancias.

La lógica del general es la de rechazar los precedentes.

Si se admite que se puede llevar a cabo un desembarco en territorio francés sin los franceses, se está reconociendo, en el fondo, que Francia es un problema policial para sus aliados, y ya no un tema político.

De Gaulle establece entonces un principio: se puede ser dependiente militarmente sin ser soluble diplomáticamente.

Esta decisión cobraría todo su significado en el momento de la liberación del territorio metropolitano, pero sus bases ya se habían sentado en el invierno de 1941.

Tormenta diplomática

Apenas se produjo el «cambio» en el archipiélago, la noticia dio la vuelta al mundo, hasta el punto de aparecer, el 25 de diciembre de 1941, en la portada del *New York Times*.

En su entusiasta relato de los acontecimientos, Ira Wolfert, que dos años más tarde recibiría el prestigioso premio Pulitzer por sus reportajes de guerra en el Pacífico, no duda en hablar de una «demostración de fuerza»:

«Las Fuerzas Francesas Libres demostraron que habían conservado el dominio de ese arte militar que gran parte del mundo creía sepultado por las divisiones Panzer alemanas. La expedición se organizó en el más absoluto secreto, reuniendo medios procedentes de múltiples horizontes. El almirante Muselier y su estado mayor se desplazaron a la zona desde Inglaterra a bordo de una corbeta de 1.100 toneladas; se enfrentó a lo que sus compañeros de viaje describieron como «la peor tormenta» que había conocido el Atlántico Norte ese año». ⁷

Unos años más tarde, el historiador Robert Aron hablaría del «golpe de Estado de San Pedro y Miquelón»: ⁸ un término duro, pero revelador de la percepción de algunos contemporáneos. No se trataba de una simple operación naval, sino de una toma de poder por sorpresa en una zona que Washington considera una extensión de su seguridad nacional, siguiendo la tradición de la «doctrina Monroe», teorizada casi 120 años antes.

Inevitablemente, el suceso provocó la ira de Estados Unidos.

Estados Unidos acababa de entrar en guerra junto a los Aliados tras el ataque a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, solo tres semanas antes, y ahora se cuestionaba la autoridad del poderoso aliado en su propia zona de influencia.

El 25 de diciembre, el secretario de Estado estadounidense, Cordell Hull, acorta sus vacaciones y regresa apresuradamente a Washington.

Publicó un comunicado mordaz: la acción de los «*so-called Free French ships*» fue calificada de «arbitraria» y denunciada como contraria al acuerdo de todas las partes interesadas, «sin que el gobierno de Estados Unidos tuviera conocimiento de ello ni expresara su aprobación». A continuación, pidió a Canadá que tomara medidas para «restablecer el statu quo en el archipiélago». En otras palabras: el comunicado no solo expresa una reprobación, sino que es un requerimiento a Canadá para que devuelva el archipiélago al gobierno de Vichy.

Al mismo tiempo, Winston Churchill se encuentra de visita en Quebec en compañía del presidente Roosevelt.

En sus *Memorias de guerra*, el primer ministro británico relata que la expresión «so-called» es muy mal recibida por la opinión pública estadounidense, que la considera una impugnación de la propia legitimidad de la Francia libre. El efecto boomerang es inmediato: parte de la prensa estadounidense se vuelve contra Hull. ⁹ En un editorial publicado en *Nation*, ¹⁰ Freda Kirchwey acusa al secretario

de Estado de «perseguir con una obstinación ridícula su política de complacencia hacia Vichy» y ve en «el repudio de la Francia libre en San Pedro y Miquelón [...] el símbolo más aterrador de nuestra decadencia moral».

El incidente resquebraja la narrativa de unidad que Roosevelt intenta instaurar tras el ataque a Pearl Harbor: San Pedro y Miquelón se convierte en objeto de una disputa sobre su legitimidad en el seno mismo del frente aliado.

A principios de enero de 1942, el Departamento de Estado presenta al Comité de la Francia Libre una propuesta que se presenta como una oferta de compromiso: una misión canadiense supervisaría los medios de comunicación de San Pedro, mientras que se pediría a las tropas de la Francia Libre que abandonaran el archipiélago. El objetivo: la neutralización estratégica de las islas y la independencia de la administración con respecto a De Gaulle. Para lograrlo, Estados Unidos recurre a la mediación del gobierno británico. En Londres, el ministro de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, se reúne con el general para anunciarle que Estados Unidos está pensando en enviar a San Pedro un crucero y dos destructores.

El resto de la conversación, relatada por De Gaulle, suena como una escena de teatro político:

«¿Qué hará usted en ese caso?», me preguntó. “Los barcos aliados”, respondí, “se detendrán en el límite de las aguas territoriales francesas y el almirante estadounidense irá a almorzar a casa de Muselier, que sin duda estará encantado”. “Pero ¿y si el crucero sobrepasa el límite?”. “Nuestra gente hará las advertencias habituales”. “¿Y si las ignora?” “Sería una gran desgracia, porque entonces los nuestros tendrían que disparar.” El Sr. Eden levantó los brazos al cielo. “Entiendo sus temores —concluí sonriendo—, pero confío en las democracias”». ¹¹

Decir que dispararemos no es una fanfarronada: es definir con palabras lo que es inaceptable, incluso bajo protección, incluso en una relación de fuerzas desfavorable, incluso en una asimetría de poder manifiesta.

En el momento preciso en que Estados Unidos se convierte en un aliado indispensable, De Gaulle se niega a tratar su soberanía como una variable de ajuste.

No «regatea» nada, no relaciona todos los temas entre sí: aísla una línea roja, independientemente del resto, y acepta la idea de un roce con Washington, porque considera que ceder aquí es preparar otras renunciaciones.

Sobre el terreno, Muselier se multiplica y comprende muy rápidamente que la batalla también se libra en la opinión pública estadounidense.

Con la ayuda de Wolfert, el periodista del *New York Times* convencido de su causar realiza varias grabaciones destinadas a Estados Unidos.

En una de ellas, endurece el tono hasta el extremo, vinculando explícitamente a San Pedro y Miquelón con la idea de «democracia»:

«No hay potencia en el mundo que pueda expulsar a mis hombres y a mí de estas islas mientras estemos vivos. Por honor, resistiré a cualquier fuerza naval, sea cual sea su poder. Si, por una circunstancia increíble, se intentara algo así, entonces ya no habría democracia en la tierra y a los demócratas no les quedaría

otra solución que morir. Nuestra sangre mancharía la historia, la democracia sería nuestro sudario y nuestra tumba». [12](#)

Las tres lecciones de la doctrina Muselier

Antes que un episodio de la historia naval, San Pedro y Miquelón es un pequeño tratado de política en acción. Una lección práctica: cómo, en la más absoluta asimetría, fabricar poder con casi nada.

Llamémoslo la «doctrina Muselier»: el arte de transformar una operación limitada en un acontecimiento total, combinando un gesto territorial (tomar), un gesto simbólico (mostrar) y un gesto democrático (votar), de manera que la batalla se traslade del terreno militar al de la opinión pública.

De Gaulle establece la regla, Muselier orquesta la dramaturgia: juntos, transforman un confeti atlántico en un principio de soberanía.

De este episodio histórico se pueden extraer tres lecciones.

Primera lección: el poder de las palabras, y por tanto de los principios.

¿Qué cambian las palabras?, nos preguntamos hoy sin cesar, frente a la apisonadora estadounidense. Absolutamente todo. Se habla mucho de la relación de fuerzas, como si la fuerza solo se expresara a través de los medios.

Pero San Pedro y Miquelón nos recuerda una verdad más elemental: la primera potencia es gramatical. Consiste en nombrar la línea roja, en hacerla inteligible, en enunciarla de manera irrevocable.

De Gaulle no «gana» porque sea más fuerte; gana porque se niega a hablar como un subordinado. Es precisamente en el momento en que es más débil cuando se muestra más digno y recto.

Segunda lección: la metonimia como estrategia de poder.

Sobre el papel, San Pedro y Miquelón no es un objetivo militar importante. Pero en la mente de las personas, es un símbolo.

Para la Francia libre, ser reconocida y administrar territorios no es algo secundario: es la condición para ser un gobierno y no un simple «movimiento», y por lo tanto para seguir siendo escuchada por los franceses. En esta lógica, recuperar un fragmento minúsculo es reabrir el imaginario de lo posible: si se puede recuperar San Pedro, entonces la reconquista de Francia ya no es una abstracción.

En su reseña de los acontecimientos, [13](#) Muselier justificará la toma de San Pedro y Miquelón por dos motivos: «el viento de esperanza que sacudiría a Francia» y «el valor propagandístico mundial de tal acción». Una parte por el todo: la prueba por el mapa.

Tercera lección: hablar el idioma del adversario y volver sus palabras contra él.

En un espacio atlántico dominado por la palabra «*democracy*», Muselier utiliza el referéndum como arma diplomática, y la puesta en escena democrática sirve de trampa moral tendida al aliado.

El anuncio de los resultados (98 % de los votos emitidos a favor de la Francia Libre) produce una secuencia muy poderosa: el acto militar se recodifica inmediatamente como un acto de soberanía popular.

Para Estados Unidos, dar marcha atrás ya no sería solo «restablecer el statu quo», sino anular una votación. La diplomacia se ve desarmada por el mismo lenguaje que pretende encarnar.

La lección es válida para hoy en día.

Si el actual poder estadounidense se describe a sí mismo con la retórica de la «paz», del «fin de las guerras», hasta la fantasía del Premio Nobel esgrimido como horizonte personal, entonces tal vez sea en este terreno simbólico donde haya que llevarlo, tal vez, empujarlo hasta el límite: presionarlo y obligarlo a elegir entre su discurso y sus actos, entre la imagen que vende y la realidad que produce.

Notas al pie

1. Curzio Malaparte, *Technique du coup d'État*, París, Grasset, 1931 (2022).
2. Citado en Raoul Aglion, *L'Épopée de la France combattante*, Nueva York, Éditions de la Maison française, 1943.
3. «[Le ralliement de Saint-Pierre-et-Miquelon à la France libre](#)», Collection «Mémoire et Citoyenneté» n°21, Direction de la mémoire, du patrimoine et des archives, Ministère des Armées.
4. Citado en William Hanna, «[La prise de Saint-Pierre-et-Miquelon par les forces de la France libre : Noël 194](#) », *Revue d'histoire de l'Amérique française*, Volume 16, n°3, diciembre de 1962.
5. *Ibid.*
6. Charles de Gaulle, *Mémoires de guerre – Tome 1, L'Appel*, París, Plon, 1964.
7. Ira Wolfert, «Take Vichy Colony», *The New York Times*, 25 de diciembre de 1941.
8. Robert Aron, *Grands dossiers de l'histoire contemporaine*, París, Librairie Académique Perrin, 1964.
9. En sus propias memorias, publicadas en 1948, Cordell Hull justifica su postura respecto a Vichy explicando que el objetivo, en aquel momento, era utilizar su influencia «para evitar que la flota y las bases francesas cayeran en manos de los alemanes, y mantener observadores en Francia y el norte de África».
10. Freda Kirchwey, «Mr Hull should resign», *The Nation*, 3 de enero de 1942.
11. Général de Gaulle, *Mémoires de guerre – Tome 1, L'Appel, op. cit.*
12. Citado en la *Revue de la France libre*, n°276, 4e trimestre, 1991.
13. Émile Muselier, *De Gaulle contre le gaullisme*, París, Le Chêne, 1946.